

*En visperas de la gran fiesta del Apóstol, poco antes de la pirotécnica de los fuegos, los relojes se detuvieron en Angrois. Un tren lleno de vida descarrilaba. Barca de Santiago presenta cuatro aspectos de un suceso que se nos quedó tatuado en el alma.*

### El lado humano

**F**ran estaba en una finca, muy cerca de la vía. En cuanto sintió el “topetazo”, se asomó al accidente. Dice que rescató sin pensar mucho. Que su formación de infancia no influyó. Que no se considera ningún héroe. Y que, si suceden las desgracias (“*Dios non queira*”), lo extraño sería no haber ayudado. Él no hizo fotos. Actuó.

“Non vou axudar a que isto se convirta nun teatro”. Por eso no le gusta aparecer en los medios de comunicación. A veces lo exageran todo demasiado y se fomenta el “espectáculo”. Cree que ahora Angrois necesita volver a la normalidad cuanto antes. Fran logra espantar el morbo de la tragedia con su sencillez.

“Non me gusta o fútbol; nin a televisión; en cambio, encántame a natureza, o traballo na leira ou o coidado dos animais”. Muchos dirán que Fran tiene unos gustos poco corrientes. Eso le da un toque de sana rebeldía. Al menos, la suficiente

para descomplicarse la vida. No debería resultar extraño que nos socorriésemos unos a otros.

Una mujer a quien auxilió, le llamó después: sus padres habían muerto. “Iso sí que me impactou”. Así afirma quien se metió en los vagones, vio todo tipo de despojos y rescató a cuantos pudo. Los que llevamos una vida “corriente”, reconocemos el valor de Fran. Incluso, nuestra aparente monotonía encierra mil ocasiones de hacer el bien.



Fran, vecino de Angrois que ayudó desde el primer momento

**R**osa y una compañera, sanitarias de vocación y profesión, se dirigieron al hospital para colaborar desde el primer momento. Las pupilas de Rosa están llenas de fe y con esa fuerza iba encajando los sucesos. Alojó en su familia a dos sacerdotes venidos desde el extranjero para asistir a los parientes de una fallecida. Le trajeron paz.

En aquella noche fatídica hubo también mágicos destellos. “Sería bueno que rezásemos algo antes de ir”. Rosa, audaz, se lo propuso a una madre que se dirigía a donar sangre con su hija. No sabían muy bien la utilidad de su gesto. Pero combatieron la congoja de la noche con oración espontánea. Esos días se oró y se lloró mucho.

Supo de chicos que interrumpieron su “marcha” nocturna y acudieron a la llamada del centro de transfusiones. De gente discreta que albergó accidentados y familiares en sus casas. Un grupo de oración rezó la Coronilla de la Misericordia ante 6 cadáveres sin identificar. Una magullada grave, serena, evitaba preocupar a los suyos...

Rosa confiesa que, con la atención sanitaria ya resuelta, se precisaba un acompañamiento diferente. “Su hija no ha sufrido al morir”, dijo a una madre devastada. “Confíe en Jesucristo”, le sugirió a uno que respondió desolado: “Yo sólo creo en las personas como usted. Mi vida entera fue un infierno. No veo luz. Usted es afortunada”.



Rosa, farmacéutica de Santiago que ayudó a las víctimas





**B**ob es ciudadano de los EE.UU. Venía de superar un cáncer y de haber visto el “sí quiero” de su hija. Viajaba en el tren junto a su mujer. Ella no se salvó. “He podido afrontar esto porque mi sostén es Jesús”. En Puerto Rico, tierra de su esposa, aprendió a decir “Papá Dios”; ahora, tras el accidente, conmueve escuchárselo.

“He perdonado al maquinista”. Sus hijas aún no han podido. “Dios pone gente a mi lado”, como esos ángeles que le prestaron auxilio, ropa, teléfono y acogida el día fatídico. Bob no se separó de su esposa hasta el final. Con su mirada, su mano, sus lágrimas; con el susurro de su voz reconfortante que ardía en amor.

Desde siempre, Bob ha orado mucho con la Biblia. Así pudo sobrellevar mejor su enfermedad. Señalando al pecho, asegura que, incluso ahora, siente la paz en el corazón. Sin ser el matrimonio perfecto, su mujer constituía el pilar fundamental de la familia. Ahora él tendrá que hacer de padre y madre.

“¿Por qué he quedado yo dos veces con vida?” Sospecha que el Señor escoge para sus tareas a los más miserables. Y que, de



Robert (Bob). Viajaba con su mujer Myrta que falleció en el accidente

haberse salvado sola, su esposa también se sumiría en la desgracia. El Día de Acción de Gracias y la Navidad serán muy duros este año. Pero Bob quiere ir poco a poco; paso a paso; sin darle demasiadas vueltas.



# Julio, 24

## Accidente ferroviario en Santiago

### El buen pastor

**A**l poco tiempo del desastre en Angrois, el párroco de la zona se ponía a disposición de las autoridades y los servicios de emergencia. Éstos fueron relevando poco a poco a los feligreses, los primeros en actuar.

Los capellanes de los hospitales compostelanos velaron durante toda la noche. Además de su presencia entre los heridos, gente de fuera les facilitaba nombres: “¿Fulanito figura entre los ingresados?”. Si no los encontraban, había que prepararse para la peor noticia.

Dantescos camiones-frigorífico conducían los cadáveres al *Multiusos do Sar*. En ese lugar, el acceso se restringió al máximo. Aún así, algún presbítero del área compostelana rezó allí mismo por aquellos difuntos imprevistos.

En el edificio de *Cersia* (Fontiñas) se informaba acerca de fallecidos y heridos. Además, se atendía a los familiares. La Vicaría de Santiago y la Delegación del Clero, se sumaron, con varios sacerdotes, a esta labor de apoyo: fortalecer, serenar, esperar... acompañar.

Un “cura” no equivale al “brujo de la tribu”, pero su visión de fe y su propia vocación ofrecen una alternativa al “esto es completamente absurdo”.



D. José Porto, párroco de Angrois